

Familia, parroquia y ciudad, tres realidades para la misión



En el mes de mayo tuvimos la oportunidad de participar una delegación de la Acción Católica en la Asamblea Nacional de la Acción Católica Italiana. En la apertura de la asamblea, entre otras intervenciones, tomó la palabra D. Emilio Inzaurraga, actual Presidente de la Acción Católica Argentina, que además es el coordinador del Secretariado del FIAC (Foro Internacional de la Acción Católica). Si bien sus palabras iban dirigidas especialmente a los miembros de la Acción Católica Italiana, teniendo en cuenta los contenidos tratados en la asamblea, su discurso es perfectamente trasladable a la Acción Católica General en España. Todos podemos sentirnos interpelados por sus palabras y seguro que podremos encontrar llamadas y retos para ser más fieles a lo que el Señor nos pide insistentemente.

*Emilio plantea tres cuestiones cruciales a las que debemos prestar especial atención en la situación actual en la que se encuentra la sociedad y el mundo. Y las desarrolla con constantes referencias a la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del Papa Francisco.*

La familia, la parroquia y la ciudad (o el entorno social en el que vivimos), son tres aspectos de la vida cotidiana de un creyente ineludibles. No podemos hacer una ocultación más o menos premeditada de nuestra fe para poder “sobrevivir”, sino que debemos ser propositivos y diáfanos. Emilio nos anima y nos da algunas pistas que nos ayude a ser testigos más fieles de Jesucristo en nuestra vida.

XV ASSEMBLEA NAZIONALE 30 APRILE 3 MAGGIO 2014



**PERSONE NUOVE
IN CRISTO GESÙ**
corresponsabili della gioia di vivere

XV Assemblea Nazionale Azione Cattolica Italiana - Roma, 30 Aprile 3 Maggio 2014

Persone nuove in Cristo Gesù - Corresponsabili della gioia di vivere

Queridos Amigos

Es una alegría muy grande estar nuevamente acá con ustedes compartiendo este momento de comunión y participación.

Saludo especialmente a Franco Miano, caro amico,

con quien compartimos la alegría de la vocación laical, la pasión por la evangelización, el sincero empeño en la corresponsabilidad.

Saludo a Mons. Doménico y le agradezco su servicio de estos años: un asistente “con olor a oveja”, un pastor que con su cercanía sencilla y misericordiosa caminó con nosotros, fomentó la comunión, indicó el camino y cuidó nuestra esperanza. Siempre con serena alegría.

A toda la Presidencia, al Consejo Nacional, y a todos los dirigentes nacionales que terminan su periodo, gracias por su entrega y testimonio fiel, que seguramente seguirán ofreciendo donde Dios nos necesite en este tiempo nuevo.

¡Benvenuto Mons. Mansueti! aquí está la AC Italiana dispuesta a caminar en la Iglesia y como la Iglesia,

Pueblo de Dios, madre de corazón abierto para todos, en especial para los más pobres y débiles.

¡Bienvenidos los representantes de las diócesis de Italia! en cuyas Iglesias particulares, la AC vive la comunión dinámica, abierta y misionera, junto a sus pastores. Ustedes son servidores de lo mejor que tiene la AC, los miembros de nuestros grupos parroquiales de ragazzi, jóvenes, adultos y en las distintas realidades de trabajadores, de estudiantes, de universitarios.

Saludo a las delegaciones internacionales, a los amigos de España, Burundi, Rumania y Argentina que, junto con Italia, constituimos el Secretariado FIAC, y también a los amigos de Bosnia Herzegovina, Polonia, Suiza, Tierra Santa (Israel y Palestina), EEUU, Ucrania Ruanda y Kenia.

Me alegra estar aquí, y he aceptado esta presidencia honoraria (inmerecida), en un tiempo muy particular para mi país, que le ha dado a Roma un nuevo obispo, y a la Iglesia universal un nuevo Papa. Este acontecimiento, nos hermana aún más, aunque cierto es que me siento amigo de ustedes, antes de que el querido Papa Francisco fuera elegido, pero no hay duda que este momento lo hace sumamente especial,



para mí y seguramente, para ustedes.

Estamos aquí para vivir, una experiencia de fe y de misión. Una experiencia que no nace en el estatuto –necesario, pero no suficiente, - no somos una ONG - sino en el corazón de quienes nos animamos a vivir el camino del discipulado misionero “asociativamente”, porque nos hemos encontrado con Jesús en el camino de nuestras vidas, Él nos ha primereado y ha salido al encuentro invitándonos a seguirlo desde la Acción Católica.

Tres realidades

Nos hemos propuesto en estos días, trabajar el documento preparatorio. Destaco en él tres realidades muy importantes: la familia, la parroquia y la ciudad.

La Iglesia que asume a cada persona y a todas las personas, que abraza las inquietudes y alegrías de la humanidad (GS1) pone de manifiesto la necesidad de aceptar los desafíos que ellos nos presentan para la evangelización.

La familia

Este domingo, hemos vivido un acontecimiento histórico, donde el Santo Padre nos recordaba a San Juan Pablo II como el papa de la Familia, “escuela de huma-

A la familia no solo se “la defiende”, se la vive como un don de Dios que custodia la vida.

nidad” como escribió en la Familiaris Consortio.

Familia, Iglesia doméstica, bien social, que atraviesa una crisis profunda, en la que se pone de relieve la fragilidad de los vínculos heridos por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio (EG62). Herida también, por la economía que margina y excluye, por nuevas formas de esclavitudes que arrojan a las familias a la ilegalidad de la inmigración más cruel, a la trata de personas, al trabajo precario, al vacío que lleva, a algunos de sus miembros, a la adicción o a la violencia.

Sin embargo, en ella misma permanece todo su potencial, ya que más allá de todos los cambios epocales, las personas seguimos necesitando del afecto compartido, del abrazo sincero, del perdón, del agradecimiento, del espacio donde nos sabemos aceptados y amados tal como somos; y promovidos en todo lo que podemos ser.

A la familia no solo se “la defiende”, se la vive como un don de Dios que custodia la vida. La familia se ama, se construye y se testimonia con gestos sencillos y cotidianos; de esposo a esposa, de padres a hijos y de hijos a padres, de vecino a vecino, de familia a familia. Pero también se la promueve, mediante políticas de estado que la ayuden en su desarrollo integral dentro de la sociedad.

La evangelización de las familias exige: estar presen-



tes, escucharlas, acompañarlas, entender sus pasos, curar sus heridas, potenciar su espiritualidad. Deseamos que el próximo Sínodo sea un espacio donde se escuche a las familias del mundo.

La parroquia

Seguramente todos nosotros evocamos un sinfín de imágenes al hablar de nuestras parroquias -de las buenas y también de las otras- precisamente porque la parroquia es el lugar donde se amplía nuestro mundo familiar y nos recibe como miembros de un pueblo santo y fiel.

La parroquia es comunidad de comunidades, la Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y sus hijas (San Juan Pablo II - Christifideles laici) la presencia eclesial en el territorio, el ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración (Eg 28).

Es también el espacio de nuestra vida asociativa, el lugar que posibilita el mano a mano con la vida del pueblo y que necesita de una continua conversión pastoral.

La parroquia no es una estructura caduca, pero debe responder con flexibilidad a los desafíos del mundo de hoy, encontrando nuevos cauces

misioneros. Como decía San Juan XXIII, la comunidad parroquial ha de ser “fuente de la aldea”, “pozo de agua” donde los “samaritanos de hoy”, encuentren el Agua Viva de Dios que se ofrece.

Para ello, tenemos que profundizar y amar nuestra vida parroquial, potenciarla, para que desde nuestra corresponsabilidad laical, desde nuestro disponible servicio a la Iglesia particular, junto al párroco y a todos los agentes de pastoral, podamos hacer de ella una Iglesia cercana, acogedora, itinerante, callejera, peregrina, facilitadora, abierta, y a veces accidentada, que es muy distinto a lo que a veces se constata en nuestras comunidades como una iglesia lejana, quieta, encerrada, temerosa, autorreferencial, controladora y reguladora de la fe... en definitiva, enferma.

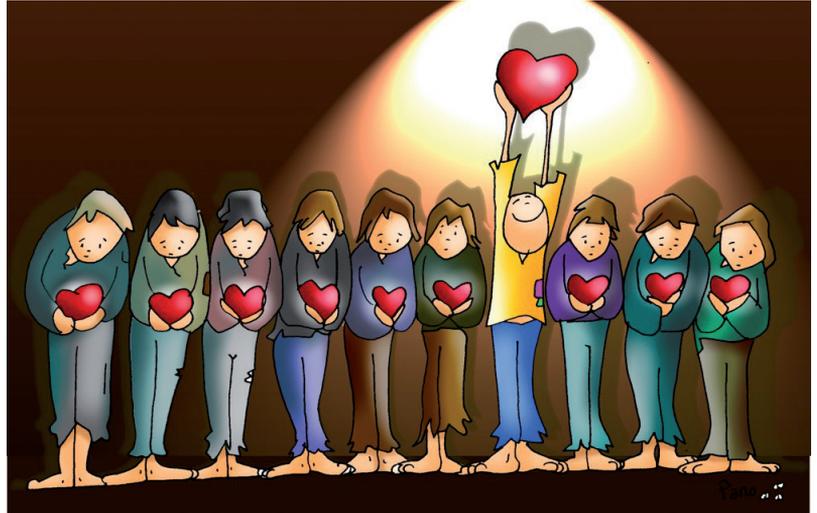
La parroquia no es una estructura caduca, pero debe responder con flexibilidad a los desafíos del mundo de hoy, encontrando nuevos cauces misioneros.



Una parroquia que desde lo edilicio sea como la Iglesia que nos pide el Papa; de puertas abiertas no sólo para recibir, sino para salir a buscar a los que están necesitando un mensaje de Vida y Esperanza.

San Juan Pablo II nos decía a la AC: “La Iglesia los necesita, porque han elegido el *servicio a la Iglesia particular* y a su misión como orientación de vuestro compromiso apostólico; porque han hecho de la parroquia el lugar en el que cada día viven una entrega fiel y apasionada. De este modo seguís manteniendo vivo el espíritu misionero de las mujeres y los hombres de la Acción Católica que, con humildad, de forma oculta, han contribuido a hacer más vivas las comunidades cristianas en las diversas partes del país” (15-9-2003).

Los pobres y los débiles han de ser el centro de nuestra atención y dedicación evangelizadora; no como principio cultural o sociológico, sino como el signo más evangélico para vivir la caridad cristiana.



Asumamos entonces, nuestra responsabilidad en la construcción de la Iglesia parroquial, vivamos en ella una pastoral en clave misionera, venciendo el “gris pragmatismo de la vida cotidiana de la iglesia en el cual todo procede con normalidad pero en realidad la fe se va desgastando y generando mezquindad”. No dejemos que las divisiones, la mundanidad que nos lleva a la vanagloria de pensar desde la conciencia de poder y no de servicio se instalen entre nosotros... Abracemos desde la comunidad parroquial el ideal cristiano y salgamos a proponer a Jesucristo sin demora a cada familia, a cada espacio social de nuestros barrios.

La ciudad

La Acción Católica tiene en la ciudad un ámbito de misión de la que no puede desentenderse. Allí se palpa el compromiso social de la fe

y las consecuencias comunitarias y sociales del kerigma que nos lleva a desear, buscar y cuidar el bien de los demás. (Eg 178)

Si de verdad queremos hacer germinar el Reino, caminemos como pueblo en medio del pueblo haciendo de la vida social un ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. (Eg 180)

En este caminar, que muchas veces será lento y dificultoso, hay un solo privilegio: los pobres y los débiles han de ser el centro de nuestra atención y dedicación evangelizadora; no como principio cultural o sociológico, sino como el signo más evangélico para vivir la caridad cristiana.

Todos sabemos que en la “ciudad” se generan las fuentes de pensamiento positivo o negativo, se consolidan las estructuras de justicia o de injusticia, se crea la cultura

del encuentro o del descarte y la marginación. De la presencia comprometida de los laicos cristianos en ella, será la dirección de su futuro. Recordemos que *“La misión es una pasión por Jesús, pero al mismo tiempo una pasión por su pueblo”*. (Eg 268)

Seamos entonces, laicos comprometidos en promover los valores cristianos en el mundo social, político, económico. Tendamos puentes, dialoguemos, trabajemos por el Bien común. Dejemos de ser aquellos que señalan siempre lo que se hace mal o no se hace, desde la silla cómoda de lo que se mira en la TV. Participemos, llevemos adelante una evangelización audaz para alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades (Eg 74). ¡Seamos protagonistas de nuestro tiempo!

En el ámbito multicultural de la ciudad, favorezcamos la

cultura del encuentro, trabajemos por la paz, potenciemos el dialogo ecuménico interreligioso, social, trabajemos junto a las personas creyentes y no creyentes denunciando proféticamente la injusticia, generando estructuras de bien, promoviendo la inclusión y el desarrollo integral.

Para transformar la realidad de la ciudad trabajemos también a largo plazo, pero sin obsesionarnos por resultados inmediatos (el tiempo es superior al espacio) no ignoremos los conflictos; resolvámoslos en un plano superior para convertirlos en eslabones de nuevos procesos (la unidad prevalece sobre el conflicto); aceptemos que la realidad es superior a la idea y demos pasos concretos, en el “aquí y ahora”, para realizar el ideal, y ampliemos nuestras miras para reconocer el bien mayor que nos beneficiará a todos.

Una Acción Católica en salida

Estamos viviendo un tiempo privilegiado, cargado de signos esperanzadores. Un tiempo histórico. El Papa nos ha invitado a vivir una Iglesia en salida, y en ella, hemos de vivir, para ser fieles a nuestra identidad, una AC en salida. Una AC que prime, se involucra, acompaña, fructifica, celebra. (Eg 24)

Necesitamos y el pueblo de Dios necesita una “AC en salida”.

Trabajemos junto a las personas creyentes y no creyentes denunciando proféticamente la injusticia, generando estructuras de bien, promoviendo la inclusión y el desarrollo integral.

Una AC en salida dispuesta a llegar a todos, en todos los lugares y en todas las ocasiones. Protagonista, en acciones concretas, para que la alegría de vivir sea una fiesta para todos, sin excluidos, privilegiando a los más necesitados, a los más débiles.

Una AC en salida que se forma en y para la misión porque en ella realiza su vocación bautismal.

Una AC en salida con profundidad interior que vive y ofrece espacios sanadores y motivadores (Eg 77), oportunidades para crecer en el encuentro personal y comunitario con Jesús; escuchando su Palabra, celebrándolo en los sacramentos y así, identificándonos y configurándonos con Él. Nuestro “capolavoro” es la santidad.

Una AC en salida que reza y porque reza; no tiene miedo a convertirse

Una AC en salida que reza y porque reza; no tiene miedo a convertirse, porque experimenta que ahí está el principio vital de su crecimiento como cristianos.

Una AC en salida que ha encontrado su tesoro y quiere compartirlo con los demás; por eso evangeliza como **comunidad de discípulos misioneros** con pasión y sin descanso, ofreciendo también a todos nuestro carisma asociativo.

Una AC en salida es la AC del papa Francisco que nos revela hoy la compasión y la misericordia que debe resplandecer en el rostro de la Iglesia en todos sus gestos.

Una AC en salida es la AC de Jesucristo evangelizador itinerante y peregrino, misionero del Padre y amigo de los todos los hombres.

Que el Espíritu Santo nos de la fuerza y María, Madre de la Evangelización nos anime entonces, a anunciar la novedad del Evangelio con audacia, y nos permita acompañar al Santo Padre en su sueño de “una opción misionera capaz de transformarlo todo” (Eg 27), para llegar a todos!

Buena Jornada. Buen trabajo! 

D. Emilio Inzaurraga
(Coordinador del secretariado del FIAC)